

extraordinaria figura del magisterio, un modelo de periodista y uno de los intelectuales más auténticos, quien supo vivir plenamente, con la sensibilidad del humanista que se proyecta hacia los demás para ser y hacer hombres íntegros.

Capilla Alfonsina

5 de julio de 2001

Nota: Selección y recopilación de notas por Magdalena Vignau de Aguirre, leído por la licenciada Cynthia Dávila Longoria.

De Aventura y Escarmiento a Sopa de Letras

Rosaura Barahona

Me piden que escriba algo acerca de mi maestro, don Pedro Reyes Velázquez, y me extraña un tanto la petición, porque durante años no he hecho otra cosa sino escribir sobre don Pedro. En la casa familiar nos educaron para que fuéramos seres agradecidos, de manera que jamás nos ha costado trabajo agradecer lo agradecible a quien nos haya dado u ofrecido algo.

Escribir sobre don Pedro es muy fácil y muy difícil. Muy fácil, porque tenía una personalidad tan fuerte y tan **sui géneris**, que a quienes lo conocimos nos resulta inolvidable. Muy difícil, porque la memoria siempre nos traiciona y puede haber maquillado algunos de los recuerdos que atesora.

Conocí a don Pedro en septiembre de 1958, cuando entré al Tec con la primera generación de la entonces Escuela de Letras. Tenía su cubículo en el segundo piso de Aulas 3, del lado poniente, y muy cercano a las oficinas del director de la Prepa.

No me dio clase los primeros semestres, pero desde el principio nos impresionó, porque tenía fama de peleonero (¡quién sabe por qué sería!) y de ser muy estricto con sus alumnos. Sabíamos que leía mucho y

que tenía una memoria impresionante, cosa que pudimos comprobar no mucho tiempo después, de manera que siempre lo veíamos con enorme respeto.

En mi archivo de recuerdos tengo a varios don Pedros. Al maestro de literatura que alguna vez nos presumió cómo se sacó la lotería (nunca nos dijo el monto), lo que le permitió dedicarse todo un año a leer por las mañanas y a irse al cine por las tardes, actitud –supongo– que sería condenada por cualquier inversionista pragmático y economicista, pero que fue y es aplaudida por todos los que pensamos que leer es una forma de vivir y, por lo mismo, soñamos con pasarnos un año, algún día, leyendo sin preocupaciones de ningún tipo, y yéndonos al cine en la tarde para regresar y dormir como sólo los ángeles pueden hacerlo.

Otro don Pedro es el que, al participar en una discusión, iba acumulando un vapor furibundo que se anunciaba con el cambio del tono de voz, siempre grave, pesado, precioso y que podía subir repentinamente hasta volverse contundente.

Esas señales nos habían enseñado a no buscarle tres pies al gato, porque ya sabíamos que no se guardaba nada, de manera que respetábamos la raya imaginaria que imponía con su actitud. Nadie osaba desafiarlo verbalmente para ver si lo metíamos en aprietos, como hacíamos con otros maestros, nomás por ociosos y engreídos (nosotros, no los maestros).

Los alumnos becarios teníamos que hacer tareas sencillas para compensar de alguna manera la beca. A mí me tocaba calificar tareas de inglés para Mr. Bruner, Mr. Coindreau, Miss Oly González o Sarita Villarreal. Los becarios teníamos permiso para entrar o salir del

cubículo en donde los maestros nos dejaban los legajos con tareas, de manera que entrábamos todos los días a esa área.

Un día llegué a dejar mis tareas como de costumbre y me topé con un mozo en cada una de las puertas de entrada. No nos dejaron pasar. Yo insistía en pasar porque ya era hora de entregar las tareas, pero no hubo poder humano que convenciera a los mozos de dejarnos pasar.

A las dos horas ya sabíamos por qué. Don Pedro había tenido una disputa con algunos de sus colegas y la discusión había estado a punto de llegar a los golpes (algunos decían que habían llegado), de manera que, muy sensatamente, las autoridades habían impedido que ingresáramos los alumnos para no tomar malos ejemplos de nuestros mentores.

Ese mismo don Pedro alguna vez debatió públicamente con otro colega por un desacuerdo en el juicio sobre una película. Yo guardé durante años las columnas de refutación de uno y otro porque resultó una discusión muy interesante (¿deberé decir aleccionadora?), pero en una de tantas cambiadas de casa, las extravié.

Luego está el don Pedro de Cuquita, su esposa, y de sus hijos. A ése lo conocí en mi segunda etapa en Monterrey, cuando regresé de trabajar en Mexicali y entré a dar clases al Tec y a trabajar en Biblioteca. Era una persona muy diferente a la que conocíamos dentro del aula y tenía toques mucho más conservadores de los que imaginábamos. Sin embargo, siempre tuvo un profundo respeto por las decisiones de sus hijos. Prueba de ello son las personalidades tan diferentes entre algunos y los oficios tan dispares de varios.

En esa misma línea de lo familiar, recuerdo que tras un accidente, algunos de sus sobrinos quedaron sin padre y, sin que él nos lo dijera, supimos que se hizo cargo de ellos y los integró a su familia. Cuando semanas después alguna alumna se lo preguntó en tono de admiración, simplemente respondió: "¿Y usted cómo se enteró de eso? Además, no es ningún mérito, ya lo dice el dicho: 'donde comen dos, comen tres', así que donde viven ocho, viven once y da lo mismo", tras lo cual siguió adelante con la clase y no dejó que se discutiera más el asunto.

En varias ocasiones, he dicho que don Pedro fue panista antes de que se usara serlo. Para mi mentalidad de 17 años de aquellos tiempos, ser panista era como ser iluso. Tampoco entonces estaba de acuerdo con muchos de los objetivos de ese partido, pero en aquella época me parecía imposible que alguna vez llegara al poder.

Don Pedro fue diputado por el PAN y dio la lucha. Coincidió en el Congreso, si no me equivoco, con otro ilustre y admirado maestro, don Ricardo Covarrubias, que no era panista y quien también era de Jalisco, como don Pedro. La admiración de don Pedro por don Ricardo y de don Ricardo por don Pedro era evidente, de manera que podían discutir y estar en desacuerdo, pero sus discusiones siempre fueron respetuosas, de altura y haciendo uso de la inteligencia.

Jamás un ataque personal, sino un desacuerdo en cuanto a las ideas. Claro, don Pedro gozaba cuando decía de alguien: "Es un buen hombre y maneja perfectamente sus conceptos, a pesar de ser priísta pero, bueno, nadie es perfecto..." y luego soltaba una carcajada.

Después está el don Pedro de las columnas en *El Porvenir*. **Aventura y Escarmiento** tocaba temas políticos y era todo lo crítica que una columna podía serlo en esos momentos. **Sopa de Letras** hablaba de literatura. La visión clara y precisa de su autor armonizaba con su prosa: sencilla, directa, fácil de leer pero nunca trivial ni superficial.

Escribir así no es sencillo. Alfonso Reyes lo llama "la difícil facilidad"; es decir, hacer creer al lector que nada más se había sentado y había escrito y todo había salido facilito y clarito a la primera, implicaba un conocimiento profundo del tema, trabajo estilístico y un proceso de reflexión previo o inmediato.

A diferencia de algunos de sus coetáneos, a don Pedro se le entendía todo lo que decía y quería decir. A fe que había otros que ni con estudios de paleontología les podíamos descifrar lo que intentaban comunicar.

Luego estaba el don Pedro discutidor, el que nos retaba con un tema y gozaba cuando éramos capaces de defendernos. Conmigo siempre era la educación religiosa. Él estaba a favor de que en los colegios se diera catecismo y una formación religiosa obligatoria, porque en casa no se daba y yo, como buena hija de dos papás inteligentes, uno masón y otra católica ferviente, le decía que no (lo sigo diciendo) y ni él cedió ni yo cedí, porque ninguno logró convencer al otro, pero creo que, por lo menos yo, aprendí mucho de la discusión.

Hay otro don Pedro que yo gocé muchísimo y es el irónico, el sarcástico, el que hacía pinole a alguien con una frase brevísima y sencilla. De ése guardo numerosos recuerdos que, por desgracia, no puedo compartir en

público, porque sus víctimas son muy fácilmente identificables aunque no diga su nombre y varias de ellas están vivas, de manera que no sería ético de mi parte narrar estas anécdotas de manera específica.

Por último y sin duda en primer lugar, está el maestro de Literatura, que no cumplía con muchos de los cánones del Tec a la hora de dar clases, pero que compensaba las fallas con una pasión y un amor por la literatura que pocos maestros nos dieron.

Don Pedro había leído mucho y eso le permitía llegar a clase a hablarnos de Molière, por ejemplo, y a hacer toda una serie de conexiones con los clásicos, con los italianos renacentistas, con los españoles contemporáneos, con los ingleses victorianos y con los novohispanos.

Se hablaba de un tema y aunque entonces no había computadoras personales, él le picaba al botón interno del tema y nombraba una lista de poetas, dramaturgos, novelistas, cuentistas o ensayistas que se habían ocupado de tal asunto y daba fechas, lugares, títulos y algunas calificaciones y recomendaciones sobre la marcha, que nos hacían poner atención.

Se enojaba cuando alguien nos quería hacer ver la literatura como algo que siempre debía estudiarse, porque primero había que disfrutarla, decía. Los que ya la disfrutábamos, lo defendíamos a capa y espada, porque sabíamos que para él leer era también un placer orgánico, de esos que gracias a Dios la iglesia todavía no descubre, porque ya lo hubiera incluido entre los pecados mortales.

Don Pedro nos ponía a traducir, a leer y a escribir con mucha frecuencia. El me señaló mi inclinación por los adverbios terminados en **mente** que se engullen los párrafos y por él puse atención a mi tendencia a elaborar largas oraciones. "Lo breve y bueno, dos veces bueno", me decía, citando por supuesto a uno de sus autores predilectos, y he procurado no olvidarlo, excepto, en ocasiones como éstas, en las que el objeto de atención necesita siempre más tiempo del que le podemos dar.

La muerte de don Pedro me sorprendió como sorprende la muerte de todo maestro porque tal vez, dentro de ese corazón que volvemos niño al contemplarlos y admirarlos, los creemos inmortales. Indudablemente don Pedro tenía mucho que seguir dando cuando falleció, pero también indudablemente, tuvo una vida interesante y plena, no porque le haya tocado tenerla, sino porque buscó que así fuera. Por eso creo que no debemos llorarla sino celebrarla.

No puedo estar físicamente en este homenaje, pero estoy aquí espiritualmente. La presencia de don Pedro, como la de tantos otros seres a quienes mucho les debo, es frecuente en mi vida. Si bien ya no podemos discutir con él lo que está pasando en el país en este momento tan interesante y difícil de calificar, podemos seguir dialogando sobre los textos de los autores que nos dio a conocer, los que cuestionó y los que defendió a capa y espada, aunque no estuviera de moda hacerlo.

Don Pedro, como todo buen maestro, trascendió las aulas, las tareas, los exámenes y las calificaciones. Lo que nos enseñó no sólo dentro del currículo, sino con su ejemplo personal, nos ha servido para navegar como mejor creemos dentro de esta ruta que a falta de mejor nombre llamamos vida.

Gracias, don Pedro, por haber sido tan generoso con nosotros sus alumnos. Nos dio lo que el programa decía que nos debía dar, pero también se dio usted, y era un usted muy, muy usted. No cualquiera. Supongo que me recuerda, soy -de acuerdo a sus propias palabras y acertada precisión- la dulcísima Rosaura.

Nota: Escrito de la licenciada Rosaura Barahona, leído por la licenciada Magdalena Vignau de Aguirre.

Palabras del señor Eugenio Armendaiz

Señoras y señores:

He sido invitado a este homenaje al profesor Pedro Reyes Velázquez, que me honra, pero temo quedar muy por debajo de lo que él merece. Válgame la comprensión de todos ustedes y el afecto que él y yo nos teníamos mutuamente.

Creo que él hubiera estado muy satisfecho –de haberlo supuesto– al ver que este homenaje se realiza aquí, en la Capilla Alfonsina de la Universidad de Nuevo León, y con la asistencia de sus familiares y amigos.

¿Cómo era el maestro Pedro? Bueno, debo decir, en primer lugar, que yo lo conocí y traté por muchos años. Y también que, aunque éramos compadres, pues mi esposa y yo somos padrinos de su hijo Eugenio, que está aquí presente, siempre nos tratamos de usted, aunque eso no impidió que me confiara cosas íntimas que quizá a pocos haya comunicado. Es decir, lo conocí bien.

Era desde luego una persona con capacidades diversas: ya oímos que era periodista, político y desde luego maestro. Hombre de carácter, inteligente, defensor de sus principios. Yo diría insobornable. Tenía sus desplantes. Yo lo traté porque era parte de un grupo de